

# Paz en la paz

Discurso del Dr. Oscar Arias  
Encuentro Internacional sobre Paz y Desarrollo  
San Juan, Puerto Rico  
12 de agosto del 2002

Dijo el poeta boricua Manuel Fernández Juncos:

*"No te apenes jamás de haber nacido  
en una isla de extensión escasa;  
que no se juzga al hombre por su casa;  
ni a las aves cantoras por su nido. . . .  
. . . ¡Alienta en el trabajo y las lecciones;  
que no hay región aislada ni mezquina  
cuando produce grandes corazones!"*

A todos los grandes corazones aquí reunidos, los felicito y les extiendo la más calurosa bienvenida de parte de la Fundación Arias. Les ofrezco también mi más profundo agradecimiento a Presidente del Senado de Puerto Rico, y al pueblo puertorriqueño por ser tan bondadosos anfitriones de este encuentro.

Hoy es 12 de agosto. En esta fecha, en 1941, Franklin Roosevelt y Winston Churchill se reunieron a bordo de un barco en la Bahía de Terranova y echaron las bases para lo que más tarde llegaría a ser la Organización de las Naciones Unidas. Ojalá ese mismo espíritu fraternal impregne este encuentro y llegue más allá de esta isla para convertir a todas las naciones del mundo en miembros de una sola familia.

Hoy es 12 de agosto. En esta fecha, en 1960, se lanzó desde Cabo Cañaveral el primer satélite de comunicaciones del mundo, el precursor de la tecnología que hoy une al orbe mucho más estrechamente que nunca antes. Ojalá aprendamos a usar las grandes capacidades de la comunicación moderna no solo para maximizar utilidades, sino también para educar, no solo para informar sino además para formar hombres y mujeres de conciencia. Ojalá sepamos usar bien la enorme responsabilidad que entraña el pregonar palabras y esparcir imágenes por todo el mundo.

Hoy es 12 de agosto. En esta fecha, en 1961, se inició la construcción del Muro de Berlín. Ojalá llegue el día en que caigan todos los muros que nos separan a los unos de los otros: los muros que se construyen alrededor de la raza, de la religión, de la etnia, de la clase social y de la ideología. Ojalá llegue el día en que reconozcamos honestamente nuestras diferencias mientras construimos la paz a base de nuestra humanidad compartida.

¿Qué clase de mundo es éste en el que estamos viviendo? Es un mundo de injusticia, en el cual cada una de las quinientas personas más ricas tiene más de mil millones de dólares en activos, mientras que mil doscientos millones de seres humanos sobreviven con menos de un dólar por día. Es un mundo de guerras y conflictos, en el que el gasto total de las fuerzas armadas equivale a catorce veces el monto que nuestros gobiernos destinan a ayuda externa para el desarrollo. Es un mundo de destrucción y consumo irreflexivo, en el que el 12% de las especies conocidas están en peligro de extinción y en el cual

las reservas mundiales de petróleo y gas podrían agotarse en los próximos cincuenta años. Es un mundo de prejuicios, temor e intolerancia, donde a muchos niños se les enseña a odiar a sus semejantes de distinta raza, religión o grupo étnico. Es un mundo en el que la codicia sobrepuja a la solidaridad y el cinismo a menudo oculta la esperanza. Es un mundo, amigas y amigos, en el que una generación de niños africanos crece en la orfandad y una generación de niños norteamericanos crece aislada de sus vecinos, e incluso de sus familias, sin concepto ni experiencia de comunidad.

No los culpo si este panorama hace que sus ojos se llenen de lágrimas. Los justifico si se sienten airados. Sin embargo, permitanme advertirles, amigas y amigos míos, que la acción impulsada por la ira y la tristeza no corregirá a este mundo quebrantado. Es sólo con esperanza, con amistad, con solidaridad, con tolerancia y con amor que podemos salvar a este planeta de nosotros mismos. Y aquí, en esta reunión, ya puedo sentir una fuerte dosis de cada una de estas actitudes indispensables. Afortunadamente, hay muchas personas en toda la tierra que se esfuerzan por mantener estos valores positivos. Es gracias a estas personas, incluyéndolos a ustedes, que se puede concebir un futuro digno para este bello planeta y para toda la vida que lo llena.

Tal y como están las cosas, nuestro clima se está volviendo cada vez más caluroso y el nivel de los mares va en aumento. Se predice que las temperaturas promedio seguirán incrementándose a lo largo de este siglo entre dos y seis grados Fahrenheit, lo cual amenazará a millones de personas que viven en islas y en áreas costeras. Estas personas son pobres en su mayoría. No son las que están contribuyendo al calentamiento global, pero son las que actualmente sufren y seguirán sufriendo sus consecuencias.

Hasta ahora, la gran mayoría de quienes ejercen el poder en el mundo subestiman o marginan los valores que profesan y no son consecuentes con los preceptos que tratan de imponerles a otros. Por ejemplo, todos los líderes de las naciones industrializadas afirman estar a favor del libre comercio. Sin embargo, cuando analizamos lo que hacen, descubrimos que tienden a aprobar aranceles y subsidios y a proteger a sus propias industrias, mientras presionan a los países en desarrollo para que abran sus mercados. Aparentemente, el libre comercio preconizado por los países poderosos que dominan las conversaciones en la Organización Mundial del Comercio emplea una peculiar definición del término *libre*: libre para nosotros, los ricos; restringido para ustedes, los pobres.

Debido a esa actitud de doble criterio, los países en desarrollo pierden cerca de quinientos mil millones de dólares por año como consecuencia de desequilibrios y aranceles comerciales injustos que les imponen los países desarrollados. ¿Cómo puede una nación pequeña de agricultores pobres competir contra los subsidios agrícolas de los países ricos, que ascienden a mil millones de dólares por día? ¿Cómo pueden los países cuyas economías dependen de la industria textil sobrevivir cuando los Estados Unidos y otras naciones excluyen específicamente esa industria de los acuerdos de libre comercio? Mi mensaje al mundo postula que el problema no es el libre comercio, sino el comercio que no es libre. Estoy convencido de que el desarrollo sostenible y exitoso debe basarse en la eliminación de las barreras que protegen a los mercados de los países ricos. Los líderes de esas naciones deben entender que nosotros, los que estamos en el mundo en desarrollo, dependemos del comercio para nuestra supervivencia. Estamos obligados a exportar porque, si no podemos exportar nuestros bienes, no tendremos más opción que seguir exportando nuestra gente.

Para que ocurra un verdadero desarrollo también es urgente que afrontemos la realidad del crecimiento de población del mundo subdesarrollado. Hoy, mil doscientos millones de personas viven en los países desarrollados y cinco mil millones, en los países en desarrollo. Según las proyecciones de las

Naciones Unidas, se espera que para el año 2050 se establezca el número de personas que viven en los países desarrollados, mientras se tiene la expectativa de que el número de personas que habitan en los países en desarrollo —principalmente en África, Asia y Latinoamérica— aumente a 8.200 millones. Las poblaciones de Europa y Japón, y en menor grado la de los Estados Unidos, están envejeciendo y en algunos casos están incluso contrayéndose. Por otra parte, en el mundo en desarrollo —pese a la severa pobreza, la epidemia del sida y el conflicto armado— se está produciendo una explosión demográfica.

Existe un alto grado de resistencia entre los dirigentes mundiales, y particularmente entre los líderes religiosos que siguen dominando en muchos países pobres, a afrontar este fenómeno y a abogar por formas sensatas de controlar el crecimiento de la población. Hay que poner a disposición de las familias pobres de todo el mundo servicios voluntarios de planificación familiar. El hecho de que los Estados Unidos estén reteniendo fondos del Programa de Población de las Naciones Unidas, no sólo es un insulto al arduo trabajo que realiza el personal de esa agencia, sino que también constituye una amenaza directa a la vida de muchas mujeres pobres que no podrán recibir servicios básicos de salud debido a la falta de fondos.

Aún más importante y menos controversial que la planificación familiar es brindar educación de calidad a las niñas y mujeres adultas. Reiteradamente se ha demostrado que, cuando los niveles de educación de las mujeres son altos, las tasas de fertilidad tienden a declinar y a estabilizarse. Cuando a las mujeres se les da el poder de manejar su propio destino y se les brindan las herramientas apropiadas para vivir en igualdad de condiciones que los hombres, el resultado es la aparición de familias más pequeñas y saludables, lo cual se traduce en sociedades más equitativas y sostenibles para el futuro. Recordemos que si se educa a un hombre solamente se educa a un hombre, mientras que si se educa a una mujer se educa a toda una familia.

Lamentablemente, el mundo se ha quedado más bien atascado en un patrón que ignora a estos niños y a los padres que los procrean en las condiciones de privación más extremas. En lugar de educar a todos los niños a fin de prepararlos para el siglo XXI, estamos haciéndolos volver al siglo XIX, condenándolos a ser trabajadores pobres, como lo fueron sus abuelos y sus bisabuelos. O, peor aún, dejamos que los conviertan en niños de la guerra, atrapados por guerrillas inescrupulosas y gobiernos irresponsables, para ser servidos como corderos sacrificiales en las líneas del frente de los conflictos sin sentido que continúan plagando tantas sociedades desesperadas.

Así como muchos países emplean un doble discurso y exhiben hipocresía con su política comercial, también existen brechas en la lógica de los que hablan de paz y democracia, pero siguen fabricando armas de alta tecnología y suministrándolas a dictadores y a escuadrones de la muerte. En muchos países en los que la gente sobrevive en extrema pobreza, abultados presupuestos militares, que en la mayoría de los casos no están abiertos al escrutinio público o parlamentario, consumen los recursos de servicios tales como salud, educación, higiene pública y agua potable. En el mundo de la Postguerra Fría, el soñado dividendo de la paz jamás se ha materializado. En vez de ello, los grandes fabricantes de armas de los Estados Unidos, Europa, Rusia y China se han convertido en los buhoneros de armamento cada vez más sofisticado para una nueva clase de clientes: países desesperadamente pobres con gobiernos autocráticos, que usan el poderío militar como forma de mantenerse en el poder mientras descuidan las necesidades más básicas de sus pueblos.

La culpa se halla en ambos lados de la ecuación. Es inmoral que los gobiernos de países supuestamente ilustrados y democráticos estén poniendo las utilidades por encima de los principios, y

valorando sus propios intereses estratégicos más que las vidas inocentes que, sin duda, segarán las armas de alta tecnología que ellos proporcionan en forma deliberada. En algunos casos, diplomáticos y altos funcionarios gubernamentales usan sus viajes a países industrializados y a países en vías de desarrollo para presionar a los gobiernos a comprar los más modernos jets y tanques de combate. Ese desvergonzado mercadeo disfrazado con vestiduras de diplomacia no debería tener lugar en un mundo civilizado.

Ha llegado el momento de que los países en desarrollo asumamos la responsabilidad de nuestro propio progreso, la responsabilidad de mantenernos vigilantes respecto a nuestros propios gobiernos, de garantizar un tratamiento justo para nuestros niños y la esperanza para nuestro futuro. El peor tipo de traición es la del un líder de un país pobre que vende a su propio pueblo a cambio de poderío militar y político. Es una abdicación de los ciudadanos de los países en desarrollo permitir que estas cosas ocurran porque hemos cedido al pensamiento pesimista que dice: "Siempre ha sido así y así seguirá siendo siempre". Quizá siglos de colonialismo y opresión han hecho del fatalismo parte de nuestras culturas. Sin embargo, eso no es excusa para permanecer como espectadores pasivos mientras nuestros líderes saquean los erarios de nuestros países y renuncian a estados de bienestar a cambio de estados sometidos a disciplina militar. No podemos aceptar por más tiempo el papel de víctimas.

No. El cambio debe producirse cuanto antes, y debemos ser nosotros quienes lo iniciemos. La revolución que de veras traerá paz y justicia a nuestro mundo desgarrado por las luchas no vendrá en hombros de los militares, sino que será producida por el cambio de corazón. Esta es una tarea mucho más difícil en la que cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de participar.

El terreno en el que se dará esta lucha es el campo de los valores, de las prioridades y de la ética. Muchas veces, cuando nos concentramos en medidas específicas perdemos la oportunidad de abordar las causas subyacentes. Si descubrimos que las medidas tomadas por nuestros líderes son demasiado belicosas, demasiado violentas, demasiado injustas y opresivas, entonces no debemos detenernos a tratar de cambiarlas. Más bien, debemos reunir todas nuestras fuerzas para luchar por los valores de la paz, de la no violencia, de la libertad y de la justicia. Si logramos corregir nuestros valores, de ellos fluirán prioridades saludables que, a su vez, conducirán a la toma de medidas positivas. Si ignoramos la primera parte de esta cadena, nuestros esfuerzos estarán condenados a la futilidad.

Queda mucho trabajo por hacer. Los valores que parecen haber llegado a predominar en la política y en la economía global de nuestros días son alarmantes: arrogancia, codicia, egoísmo y una moralidad perversa. Estamos presenciando una falta de integridad y de responsabilidad, así como poca confianza en la diplomacia, y una tendencia a recurrir con mucha facilidad al poder militar para resolver conflictos. Muchos concuerdan en creer que la distancia más corta entre el conflicto y la paz pasa necesariamente por la guerra. Ni los siglos de contiendas recurrentes, ni los ejemplos de negociaciones exitosas de paz han logrado convencerlos de lo contrario. Ese pesimismo sólo puede ser combatido con la fuerza de millones de voces que piden entendimiento y diálogo, tolerancia y fe en la humanidad.

A lanzar ese llamado hemos venido hoy. Queremos que de aquí, de San Juan de Puerto Rico, nazca el grito de una nueva ética para el mundo, y sobre todo para sus dirigentes, que nos permita sembrar las semillas de un nuevo siglo de paz y de justicia. Esta ética consiste, amigas y amigos, en premiar la solidaridad sobre el individualismo, la honestidad sobre la hipocresía, la transparencia sobre la corrupción, la sinceridad sobre el cinismo y la compasión sobre el egoísmo. Este mundo está falto de

amor, y somos nosotros quienes tenemos que vencer la indiferencia para que, juntos, podamos iluminar el camino hacia el futuro que deseamos.

Este futuro tiene muchos nombres. Como nos dice Víctor Hugo: "Para los débiles es lo inalcanzable; para los tímidos es lo desconocido; para los valientes es la oportunidad".

No hay obstáculos insalvables para los pueblos que tienen fe en su porvenir, que no se dejan abatir por las adversidades. Lo que hace medio siglo dijo Omar Dengo, un gran educador costarricense, no ha perdido vigencia:

"¡Hay que soñar el porvenir, desearlo, amarlo, crearlo! Hay que sacarlo del alma de las actuales generaciones con todo el oro que allí acumuló el pasado, con toda la vehemente ansiedad de creación de las grandes obras de hombres y pueblos. Una nación adquiere conciencia de sí, y penetra en el misterio de su destino, cuando entiende su porvenir como la misión que le corresponde llenar ante la humanidad. En otra hora de la historia pudo ser que el progreso fuera incidental; en esta debe ser buscado, deliberado."

El espíritu de Omar Dengo nos recuerda que estamos invitados a la vida, convocados a la belleza, citados a la concordia y llamados a la acción renovadora.

Evoco ahora la hermosa leyenda mesoamericana que nos cuenta de Quetzalcóatl, la "Serpiente emplumada", el dios benevolente y sabio que partió de Tolan-Chololan hacia el levante, prometiendo regresar un día para fundar un mundo sin guerras y sin iniquidades.

Durante siglos, se esperó el retorno de Quetzalcóatl. Día tras día, en los templos y en las arenas de la playa, sacerdotes y plebeyos quemaron copal e invocaron encantamientos por el regreso del señor de la música y de los colores, de la poesía y de la justicia. ¿No lo decían así los códices de los mayores, cuya sabiduría era ilimitada?

Quetzalcóatl no abandonó a sus hijos. El error de los sacerdotes fue no comprender que la Serpiente emplumada solamente se durmió en el espíritu de cada uno, y que está todavía allí, esperando la hora de la unidad y la reconciliación que lo haga despertar.

Entonces, me pregunto: ¿por qué, en vez de esperar, impasibles, la cita con el destino incierto, no buscamos dentro de nosotros mismos las fuerzas y los recursos necesarios para construir un mundo más justo y pacífico? ¿Por qué no vemos en nuestras mujeres y en nuestros jóvenes estudiantes, campesinos y obreros, profesionales y empresarios, a los verdaderos artífices del milagro del desarrollo y de la paz?

¿Qué ha de hacerse? En nuestras reflexiones, prescindamos de las ideas preconcebidas, de los estereotipos, de los juicios de pacotilla. Pensemos con independencia intelectual y con absoluta honestidad, desprovistos de prejuicios nacionales e ideológicos. Actuemos convencidos de que las soluciones halladas serán más eficaces y más humanas cuanto mayor sea el número de hombres y mujeres que abarquen, y en la medida en que logremos evitar las clasificaciones discriminatorias. El futuro del mundo será grandioso cuando la palabra "nosotros" se refiera, sistemáticamente, a todo el género humano.

Soy optimista. Creo que la hora de Quetzalcóatl ha llegado. La semilla del maíz primigenio está lista para la siembra. Sólo faltan las manos decididas para ensanchar el surco generoso donde florecerán la equidad y la concordia. Hagamos posible el dulce sueño de la libertad, la democracia y la prosperidad,

que no pudieron ver convertido en realidades ni Cuauhtémoc ni Tezozómoc, ni Bolívar ni Martí, ni Gandhi ni Rabin, ni Bobby Kennedy ni Martin Luther King. Ofrendemos, con decisión, nuestro mejor esfuerzo en esta causa. Que sea sudor de hermanos, y no sangre, el que bañe la faz de la tierra.

Muchas gracias.

### Declaración P.P.

- 1- Indiferencia del tema
  - 2- pol. militar
  - 3- Consumismo
  4. opatia industrial com. alienada en crisis
  5. prejuicios, intolerancia, falta de compasión -
  - 6- resista des. de púctos militares
  7. inicio prou. de el espion:
  8. establecer comunión mediante alianzo - *repech unid. libertad, dignidad*
- 19-